

ICELA LAGUNAS

LÍNEA

12

**CRÓNICA DE UNA
TRAGEDIA ANUNCIADA**

**La corrupción y negligencias que condenaron
a quienes solo querían volver a casa**

 **Planeta**

© 2021, Icela Lagunas

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño

Fotografía de portada: © Eduardo Miranda / Proceso

Fotografía de Icela Lagunas: Cortesía de la autora

Diseño de interiores y cuidado editorial: Alejandra García Hernández

Infografía: Emmanuel Peña

Primera edición en formato epub: noviembre de 2021

ISBN: 978-607-07-8196-4

Primera edición impresa en México: noviembre de 2021

ISBN: 978-607-07-8190-2

El contenido de este libro es responsabilidad exclusiva del autor y no refleja la opinión de la editorial.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y Hecho en México – *Printed and made in Mexico*

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
I. VIDAS BARATAS	17
La búsqueda	18
«Te habla la jefa de gobierno, Claudia Sheinbaum»	26
22:22 horas de aquella negra noche	29
La ausencia presidencial	37
Vidas baratas	43
«No fue accidente, fue corrupción»	46
«Primero las víctimas»	48
Morir en el país de los dólares	53
II. EBRARD NO QUISO ESCUCHAR	57
Un informe confidencial	63
El apóstol de Ebrard, judas de Mancera	65
Después del cierre parcial	74
Horcasitas reaparece como si nada	82
«Vayámonos por la segura»	84
«Ni derecha ni izquierda, todos son la misma mierda»	90

III. MANCERA: BORRACHERA DE PODER	95
De doctor a traidor	101
Choque de trenes	108
Trenes fuera de límite de seguridad	110
Una decisión impopular	111
«El Metro no puede garantizar la seguridad de la transportación de personas»	113
Un cuento de nunca acabar	119
Mancera a corazón abierto	124
Joel Ortega, fuera del Metro	129
Gente ambiciosa	131
Mancera llega al Senado de la mano del PAN	136
Los misteriosos mangos en la zona del desastre	138
IV. CAMINAR ENTRE MUERTOS	143
Pasarela de funcionarios	150
Marcelo y el autoexilio	160
Los muertos en el clóset de Ebrard	163
V. LA LÍNEA QUE NACIÓ CON CÁNCER	171
«El gran seguidor»	171
Los viajes a China que organizó Mario Delgado	175
La propuesta de Norinco	176
¿Qué nulificó a Norinco?	178
La danza de los millones en la CDMX	181
«Salte, vete...; tienes que ver a los niños»	184
La línea que nació con cáncer	191

Un ahorro que costó vidas	195
Acaloradas reuniones	202
El conflicto que llegó a tribunales	204
Él es un milagro	206
«No tienes nada; todo es psicológico y mental»	210
 VI. LA GUERRA DE LOS ALFILES PRESIDENCIALES .	215
Primer dictamen de DNV con dedicatoria	
a Ebrard	219
Sheinbaum se sacude a Florencia Serranía . .	226
El ultimátum: Línea 12 estará lista en un año	228
Slim, el que «no juega a las vencidas»	
con AMLO	230
El destapador de corcholatas	233
«Me han matado muchas veces»: Ebrard . .	235
Día de hamburguesas	239
Revertir el descalabro, Sheinbaum sacude	
su gabinete	241
«Se va a morir, señora»	245
«La noche que mi niña supo que su papá	
estaba muerto»	250
 VII. NO SOMOS IGUALES	257
La fiesta de XV años que nunca fue	258
El cuerpo de Nancy	264
Cheque a cambio de «perdón»	270
Un país donde la justicia brille para las víctimas	273
El informe final	278

Miedo a que suene el timbre y sea una orden de aprehensión	280
Adiós noche triste de Claudia Sheinbaum . .	284
¿Y el canciller?	285
¿Qué ha pasado con Mancera?	288
Qué fue de Joel Ortega?	289
¿Y Mario Delgado?	290
Slim: caer parado	291
Morena frena comisiones de investigación .	292
Sobrevivir sin la Línea 12	293
 NOTA AL CIERRE DE ESTA EDICIÓN	 295

I. VIDAS BARATAS

«Mamá, ¿qué pasaría si me muero?», le soltó Brandon a su madre mientras veían una película que lo conmovía hasta el alma. Ante el silencio de Marisol, el pequeño insistió.

—¿Qué pasaría, mamá?, ¿qué pasaría si me muero?

Marisol dudó en responder, pero fue menos de un segundo.

—Pues haría una fiesta —le contestó ella, sarcástica.

—¡Ay, mamá, qué cosas dices! —la empujó Brandon como recriminándole.

—¡Pues qué cosas preguntas! —lo apretujó de vuelta con cariño, y ambos rieron.

Semanas después, como si todo aquello hubiera sido una funesta premonición, la noche del 3 de mayo de 2021, Brandon Giovanni Hernández Tapia, de 12 años, murió en el tren que colapsó muy cerca de la estación Olivos de la Línea 12 del Metro de la Ciudad de México. Una viga de acero del viaducto elevado se vino abajo, y con ésta, cientos de pasajeros.

Murieron 26 personas y 106 resultaron heridas, como duro ejemplo de que en México la corrupción mata.

El tren cayó desde una altura de 12 metros, aproximadamente; sepultó entre fierros y cemento a muchas personas; lesionó a otros cientos de obreros, quienes regresaban a su hogar, situado ya sea en la alcaldía de Tláhuac o de Iztapalapa, o en el municipio de Valle de Chalco, en el Estado de México. En general, en esa franja, ubicada en el oriente de la zona metropolitana, se forma un extenso cinturón de pobreza.

Sí, la Línea 12, la misma cuyo servicio, en dos ocasiones, se cerró por irregularidades que ponían en riesgo a los pasajeros. La misma que construyó Marcelo Ebrard Casaubón, actual canciller de Relaciones Exteriores de México, durante su mandato en la Ciudad de México, de la mano de poderosas firmas que se adhirieron al proyecto para ganar millonarios contratos, entre ellas ICA, Carso y Alstom. La misma línea cuyo servicio se reanudó en las dos ocasiones mencionadas en medio de fuertes críticas por toma de decisiones poco transparentes y por presiones políticas; todo ello significó un alto costo para la clase trabajadora, que puso, otra vez, a los muertos y a los heridos en la tragedia del 3 de mayo de 2021.

LA BÚSQUEDA

Habían pasado menos de veinticuatro horas entre que la mole de fierro había caído, convirtiéndose en noticia mundial, y la llegada de Marisol a la morgue. Estaba ahí, frente al cuerpo inerte de Brandon, su hijo.

Apenas entró al frío anfiteatro de la Fiscalía de Iztapalapa, Marisol reconoció de inmediato a Brandon Giovanni, por su cabello; una sábana amarillenta cubría su cuerpo desnudo.

Su carita estaba limpia, sin tierra, sólo un delgado hilo de sangre escurría por debajo de su cabeza. Su vista se nubló, todo su cuerpo temblaba. Ahí estaba el mayor de sus dos hijos, muerto, después de horas de angustia, de búsqueda en ambulancias, hospitales y agencias del ministerio público.

«Fue horrible. Brandon ya no tenía tierra, lo habían limpiado, le escurría sangre fresca», recuerda Marisol de esa noche, antes de que perdiera el conocimiento.

Personal de la Fiscalía de Iztapalapa le entregó, en una bolsa de plástico, el pants, la playera, el reloj y un solo tenis de los que Brandon usaba el día en que viajaba en la Línea Dorada, de regreso a su domicilio en la zona de la Nopalera, en la delegación Tláhuac.

«A lo mejor mi hijo no sufrió y murió instantáneamente al caer», piensa la joven madre de 29 años, dedicada al comercio informal, quien desde esa fecha hace conjeturas para entender qué fue lo que ocurrió con su hijo, pues ninguna autoridad le supo decir si el niño fue encontrado muerto entre los escombros o si aún fue hallado con vida.

«Faltó su mochila y una sudadera negra», recuerda Marisol, al pensar en las pertenencias que le entregaron de su hijo.

El viacrucis para encontrar a Brandon fue angustiante. Tras el desplome de la línea, a las 22:22 horas, a pocos metros de la estación Olivos, Brandon y su padrastro, Rigoberto, desaparecieron. Era como si se los hubiese tragado la tierra. Nadie los había visto.

Marisol y su madre llevaban más de 20 horas peregrinando de hospital en hospital, buscando entre las víctimas al menor, revisando minuciosamente y con inquietud la lista de heridos, la de hospitalizados y, con miedo, la de los muertos; pero su nombre no aparecía por ningún lado.

«Brandon no venía en el Metro; vaya y levante una alerta Amber, búsquelo con sus amigos. A lo mejor se bajó dos estaciones antes, ya ve cómo son los jóvenes», le dijeron muchas veces en la Fiscalía General de Justicia de la Ciudad de México, la de Ernestina Godoy. Pero Marisol estaba segura de que su hijo venía en ese tren. Minutos antes de la caída brutal de los vagones hacia el vacío, Brandon le había escrito que ya estaban cerca, que ya habían pasado el Periférico, que por favor le comprara en la tienda unas galletas Marías «para tomar con leche, un jugo y unas papas».

La noche del martes 4 de mayo, después de escuchar decenas de veces por parte de las autoridades: «No hay menores lesionados», «Brandon no venía en el tren», su hijo estaba ahí, frente a ella, tendido en la plancha, de la forma más desgarradora que pudiera haber imaginado.

Marisol perdió el conocimiento.

Harto de las clases en línea y del encierro obligado por la pandemia de COVID-19, Brandon pidió a su madre que le permitiera no conectarse más a la escuela virtual. No le entendía, no le interesaba tomar clases de esa forma.

Sus bisabuelos, Aurora Herrera Juárez y Jesús Zamora Tapia, con quienes vivía, lo escucharon varias veces decir que no le gustaba esa modalidad en línea y que él prefería salir a trabajar para ganar dinero y juntar para comprarle un regalo a Marisol, ya que se avecinaba el 10 de mayo, día de las madres en México.

Marisol veía que estaba cansado del aislamiento y de no ver a sus amigos desde que las escuelas habían cerrado por la pandemia, así que aceptó que el menor fuera a trabajar algunos días de la semana al restaurante familiar, El sazón oaxaqueño, ubicado en Isabel la Católica, en pleno corazón de la capital de México. Como el pequeño negocio es operado por familiares de la actual pareja de Marisol, Rigo-berto Quiroz García, quien también trabajaba en el lugar, Brandon se iba con él por las mañanas y juntos regresaban por la noche en el Metro de la Línea 12.

El lunes por la mañana Marisol entró en el cuarto de Brandon y, antes de salir al trabajo, le alcanzó a decir: «Brandon, ya me voy a trabajar». A lo que él sólo respondió, entre las cobijas, con un «ajá». Por la tarde se mensajearon; él ya estaba en el restaurante familiar del Centro Histórico; ayudaba a lavar platos y a levantar las mesas por 150 pesos al día.

Alrededor de las ocho de la noche, Brandon y Marisol hablaron por teléfono y él le dijo que ya iban saliendo del restaurante para tomar el Metro de regreso a la casa, hasta donde hacían un recorrido de dos horas.

A las diez de la noche aproximadamente, ella le insistió por mensaje telefónico: «¿Ya vienen?, pues ya está puesta tu agua». Se refería al agua que ponía a hervir en la estufa para que el muchacho tomara un baño con agua caliente antes de dormir. Mientras llegaban su esposo y su hijo, Marisol continuó lavando ropa.

Al cabo de algunos minutos fue por su celular, abrió la aplicación de Facebook y se enteró de la noticia a través de los mensajes de sus conocidos: «Se cayó el Metro que va a Tláhuac», «Se desplomó el tren de la Línea 12», decían por todas partes.

Tomó un billete de su cartera, encargó al hijo menor con su madre y salió corriendo.

La Nopalera es, como su nombre lo indica, una zona rural de la alcaldía de Tláhuac que se caracteriza por la presencia abundante de cactáceas que rodean las casas, sirven de bardas y están por todos los caminos de terracería y en predios particulares. Es común ver en ese escenario provinciano un caserío de concreto gris, obras negras a medio terminar, lotes baldíos con abundantes nopaleras, corrales con ovejas y amasijos de cables enredados en postes que proveen de electricidad a los miles de inmuebles sin pintar. Hay cientos de

perros callejeros que deambulan solitarios o en manada y que se topan de frente con las bici-taxis, el modo de transporte más socorrido de los pobladores para moverse de un lugar a otro en la zona.

Son las bicitaxis y las motos, adaptadas con pequeñas cabinas para transportar de uno y hasta tres pasajeros, los que conectan a la población local con ramales de transporte o estaciones del Metro, y sus conductores son quienes vigilan con sospecha el arribo de un extraño. Algunos dicen que forman parte de la más extensa red de «halcones», vigilantes del cartel de Tláhuac que domina el narcotráfico en aquella región y que por años puso en jaque a los policías locales de la capital con los crímenes y los ajustes de cuentas callejeros por el pleito del territorio. Los líderes mafiosos de ese cartel fueron vinculados con políticos de Morena en el sexenio de Miguel Ángel Mancera.

Esa noche, con la angustia de no saber si su hijo y su esposo estaban en *ese* tren, Marisol optó por tomar un taxi para llegar lo más pronto posible a la estación Olivos, la zona donde habían caído los vagones del tren.

«Cuando llegué al lugar había muchos policías, y luego llegaron los de la Guardia Nacional, que no nos dejaban pasar. Busqué en las ambulancias, sacaban listas; sus nombres no aparecían.»

Esa noche de tragedia hubo personas de a pie, civiles, que se prestaron a ayudar de diversas formas, y en sus autos tras-

ladaban a los familiares de las víctimas a los distintos hospitales para que pudieran buscar a sus heridos. También hubo quienes se treparon entre los escombros de los fierros para ayudar a salir a los heridos cuando aún ni siquiera llegaban los servicios de emergencia de la ciudad.

El Hospital Belisario Domínguez, que se ubica en la avenida Tláhuac, alcaldía de Iztapalapa, recibió a algunos de los primeros heridos, pero también el ISSSTE de Tláhuac, el Balbuena de Venustiano Carranza y el Xoco de Benito Juárez.

A las cuatro de la mañana del martes 4 de junio, Marisol encontró a Rigoberto, su esposo, en el Hospital de Balbuena.

—¿Quién eres? —le dijo él desde su camilla, mientras ella sentía que el corazón se le salía de angustia y de miedo.

—¿Y Brandon dónde está?, ¿dónde quedó? —le preguntó ella con los ojos desorbitados.

Esperaba que Rigoberto le diera todas las respuestas que no le habían dado ni los doctores ni las autoridades.

—No sé de quién me hablas —le contestó él con cara de quien ve por primera vez a alguien en su vida.

En medio del caos hospitalario uno de los doctores le explicó a Marisol que el cerebro de Rigoberto estaba muy inflamado, y eso le impedía recordar el momento crítico del desplome; al parecer había perdido el conocimiento apenas cayó el vagón. El de bata blanca le explicó que Rigoberto había llegado al nosocomio en helicóptero y tenía la pierna izquierda destrozada en tres partes, que se estaba consiguiendo el material necesario para intervenirlo.

—¿Y de mi hijo qué saben?, ¿dónde está? ¡No pudo haber desaparecido; es un niño! —gritó a los doctores, a las enfermeras.

—No hay menores aquí.

Siguió movilizándose. Pero escuchó la misma respuesta en los otros hospitales y en el llamado «búnker», edificio principal de la Fiscalía General de Justicia de la Ciudad de México.

Cuando las esperanzas de encontrarlo comenzaron a desmoronarse, su madre, quien la acompañó durante toda su búsqueda, le suplicó con pesar: «Hija, no te quiero lastimar aún más, pero busquemos entre las personas fallecidas».

Ya casi anochecía, habían transcurrido cerca de 24 horas desde la tragedia cuando Marisol recibió una llamada de la Fiscalía de Iztapalapa en la que le pedían que se trasladara a esas oficinas, pues tenían a un menor con las características de Brandon que ella había dado a conocer a través de los medios de comunicación.

Al llegar a la Fiscalía una psicóloga la esperaba desde la entrada del anfiteatro:

—Necesito que saques fuerzas porque vas a entrar a reconocer un cuerpo.

Marisol se estremeció.

En aquel frío lugar lleno de cadáveres, como ella lo recuerda, por fin se reencontró con Brandon.

«Mamá, ¿qué pasaría si me muero?», recordó Marisol aquel día de semanas atrás cuando Brandon le hizo esa pregunta, y ella le contestó con una broma, porque no tenía una res-

puesta precisa, porque ni siquiera la había pensado, porque nunca había imaginado que pudiera ocurrir. Ahora Marisol sabía qué era lo que pasaba. Esa noche sintió que ella también había muerto.

Allá en la Nopalera, donde la joven madre de cabello pintado de color rojizo renta un pequeño departamento que comparte con su madre y sus abuelos, Alan Daniel, el otro hijo de Marisol de apenas 4 años, ya extraña a su hermano. Ve muchas flores, muchas fotos y a un grupo de extraños que llega por las tardes y se ponen a rezar. Pregunta e insiste cuándo va a regresar Brandon para jugar.

Los controles del Nintendo de Brandon ahora están en un altar junto a una colección de fotografías de cuando era bebé, abrazado a su madre en diversas *selfies*. Hay veladoras y flores. En la intimidad de su hogar, su cama permanece intacta.

Ha pasado un mes desde la tragedia, y visito a Marisol en su casa de Tláhuac. Su llanto se transforma en rabia.

«TE HABLA LA JEFA DE GOBIERNO,
CLAUDIA SHEINBAUM»

Un sábado de mayo llegó hasta su puerta un funcionario del gobierno capitalino que se presentó como Armando Ocampo Zambrano, de la Comisión Ejecutiva de Atención

a Víctimas (CEAVI), quien le entregó 10 000 pesos en efectivo para apoyo de gastos funerarios; al día siguiente, el domingo, le entregó un cheque por 40 000 pesos.

Recuerda que su intención era que le firmara un acuerdo de reparación de daño, lo que ella no aceptó. «“Yo también soy papá. Se te hará justicia”, me dijo, pero no volvió a aparecer por aquí otra vez.»

Luego de sepultar a Brandon ante los ojos del mundo, que la vieron llorar en transmisiones en vivo por los medios de comunicación, Marisol tuvo que tomar fuerza para resolver la situación crítica de Rigoberto, su esposo, quien seguía postrado en una cama debido a la gravedad de sus heridas.

«Cuando lo fui a ver se revolcaba del dolor y no había los clavos que se necesitaban para su operación», recuerda Marisol.

Al paso de una semana de haber encontrado el cadáver de su hijo, la comerciante ya era asistida por el abogado Teófilo Benítez Granados, quien le había recomendado sacar del hospital público a Rigoberto y trasladarlo al hospital privado Dalinde, donde sería apoyada con los gastos médicos.

Apenas intentó sacar a su esposo, personal del gobierno capitalino, reconocibles por utilizar un chaleco verde, intentaron persuadirla y luego intimidarla para que no se lo llevara del hospital público. Se apostaban en la entrada del hospital, alrededor de la camilla, en los elevadores. Algunos se atrevieron a decirle que si sacaba a Rigoberto del hospital se olvidara de cualquier apoyo más adelante.

Cuando se dieron cuenta de que ella estaba decidida a sacarlo, se le acercó un enlace de gobierno con un teléfono y le dijo: «Te habla la jefa de gobierno». Luego, recuerda, activaron el altavoz y escuchó la voz de la gobernante de la Ciudad de México decir: «Señora Marisol, nos haremos responsables».

La situación era ríspida en el tercer piso del hospital; Marisol estaba rodeada por una veintena de trabajadores, enfermeras, doctores y representantes del gobierno local.

En ese momento Teófilo, su abogado, ingresaba en el hospital para exhibir el acta que le había entregado el ministerio público y que el hospital exigía como requisito indispensable para permitir cualquier traslado o para dejar ir a Rigoberto.

«Si no me lo das, demandaré al hospital y a su personal por secuestro», sentenció el abogado.

El momento fue muy tenso: hombres y mujeres del gobierno capitalino que vestían chaleco verde se miraban mutuamente, nerviosos; algunos hablaban por celular con sus superiores.

Fue entonces que Rigoberto pudo salir en ambulancia y ser atendido en una institución privada. Pero la insistencia del gobierno no se detuvo. Al llegar al hospital Dalinde, localizado en la colonia Roma, la recepcionista del lugar le dijo a Marisol:

—Tengo en la línea a la jefa de gobierno, Claudia Sheinbaum, y quiere hablar con usted.

—No tengo nada que hablar con ella.